

Ahora que no la comprende, puesto que Leona está mas alta y no la pueden alcanzar los miasmas sociales, ahora que la sociedad vé perderse en esa mujer una riqueza, que se vé impotente para salvarla, es cuando trata de poner los medios para ello.

Inútiles esfuerzos, tú la condenaste, la llamaste loca y la despreciaste no hallarás remedio, el mayor desprecio del cielo, es dejarte los temores y lanzarte á la cara como un oprobio y como remordimiento, el cuerpo inerte, flaco y frio de la mujer que al quererla humillar con tu desprecio, ella se supo alzar sobre tí, mas alto de lo que puedas tú con tus vanidades y riquezas elevar al hombre.

XXIII

De dia en dia, Leona pensaba mas en la muerte; como ella decia, la sentia venir.

En almas como la de ella, vivientes para otro mundo, la muerte se hace sentir y á medida que cede la vida á su fuerza, crece el espíritu para abarcarla y despreciarla despues.

Enferma y triste, sus miradas no reflejaban el esplendor y grandeza de su alma; sus labios balbucientes no daban ya ni la forma á la palabra, ni el brillo á la sonrisa.

La sociedad algunas veces cruel, como noble otras, se condolia de esa mujer, joya que fué de las mas brillantes y valiosas.

Alguna vez la despreció y acriminó, cuando la sociedad la miraba encadenada en la vulgaridad del amor.

res en el mundo tenidos, pero que iban despues como una parvada de canoros pájaros á salir de la cárcel y á entonar sus cánticos de amor en el espacio anchuroso de la eternidad.

Sin cesar rogaba que la sepultaran junto á aquel ser para ella tan amado; la tranquilidad de la dicha se retrataba en su semblante pálido, sus miradas de contínuo dirigidas con una dulce melancolía hácia el retrato, eran los últimos brillos de un fuego que solo se extingue un momento, pero que revive y se acrecenta mas, cuando libre el alma, foco de ese fuego, el aire de la eternidad lo aviva y lo mantiene ardoroso.

Conociendo que su fin llegaba, toda aquella razon perdida le vino, como para que pudiera contemplar con verdad, el cuadro que se la ofrecia á la vista, y la puerta de la nueva vida abierta para esperarla.

Todos lloraban, todos prontos y sumisos socorrian á la mujer mas desgraciada, sin comprender en esa muerte una sublimidad.

Superioridad que ella conocia en esos momentos, por la que con dulzura llena de encanto, pronunció palabras de consuelo y de cariño, palabras que su alma derramaba con una tranquilidad heróica, sobre las almas de los que sufrían

XXIV

Leona se moria y ansiaba cuanto antes su partida.

Los últimos dias, fueron crueles, como si la vida al concluir, se gozara en arrancar de este ser desgraciado, una por una de las galanuras con las que en otro tiempo la embelleció.

Nada temia, porque todo eso que esperaba mas allá, era bueno y eterno.

Unos dias fueron suficientes para postrarla en cama y para que la muerte llegara por ella, con mas tranquilidad.

Enferma y pálida, con voz balbuciente pero divina, rogaba á quienes rodeaban su lecho, le llevaran un cricifijo y un retrato; últimos amo-

á medida que los álitos de vida en el semblante de Leona se perdian.

Su voz firme y clara pronunciaba estas palabras, sonriendo á la vez con una dulzura encantadora, como todo el que vé en la muerte una vida eterna y se despide de la vida amarga y triste, con placer y entusiasmo.

Llegaba, llegaba la hora y Leona mas que nunca consolaba á los que la cuidaban, les daba ánimo esperanzándolas para la otra vida.....

Un ay! no triste, no doloroso, sino alegre, distinto al de aquel que no quiere morir y teme la muerte, exhaló Leona, su semblante se animó, sus bellos ojos tomaron un brillo divino, sus mustios labios se enrojecieron y la vida al parecer pareció triunfar de la muerte.

Violenta y vigorosa tomó el crucifijo, lo vé, le sonrió, lo besa y lo estrecha contra su pecho; despues toma el retrato, mil frases apenas inteligibles murmura con pasion, miradas dulces, besos puros ante el retrato su alma prodigaba.

El color de improviso cambia, el retrato y el Cristo de sus manos se caen.

¡Adios, mi bien!..... Adios, mundo, perdóname; la muerte es mi vindicacion, perdóname!

me!..... ¡flores que amé, mañana en mi tumba vuestros perfumes al cielo subirán como la plegaria que por mí dejo en el mundo sembrada, sí, adios! adios!..... no lloreis, perdonad mi desventura!..... soy feliz..... adios..... ah!..... espérame.....

Su cuerpo se desplomó; como el ave herida al sentir la muerte, declina su vuelo y cae tristemente sobre la tierra.

Ni una queja mas!..... la muerte bajo su manto la cubrió, dejando antes aparecer en sus lábios entreabiertos una sonrisa angelical y en sus ojos una mirada de esperanza en el cielo.

XXV

Murió amando y vivió para amar la mujer que el mundo llamó Leona.

Toda la naturaleza pareció llorar en ese día; la sociedad se sintió conmovida y triste, la lloró y la acompañó á su última morada en la tierra.

Para ella hubo sentimiento, dolor y lágrimas; vivió feliz con un amor desgraciado, con un amor que la hizo comprender otra vida superior y soportó con placer todos los sufrimientos posibles en una alma que cruza el sendero de la vida sobre espinas.

Para ese hombre que la engañó y en su perfidia la hizo grande, para ese hombre que olvi-

dó el deber de la vida, que se hastió y murió sin fé; hay un desprecio palpitante de la sociedad, juez inexorable de las acciones humanas en la tierra.

Ella lo amó y como este amor en Leona era infinito y bueno, lo perdonó sin embargo de conocer su crimen.

La miseria del alma, es perdonable por seres de tan bellos y tan ricos sentimientos como Leona.

Ella murió con fé sufriendo y llorando, amando y perdonando; la muerte bajo su manto la abrigó.

El, murió hastiado, sin fé, sin amor, despreciando y olvidando; él, abrigó con el crimen á la muerte.

De estos dos seres, la memoria de Leona se recuerda con lágrimas; flor cuyo perfume celestial, ha quedado en la atmósfera y vive en cada pecho y se admira en la virtud y en la abnegación: la memoria de él, es negra y triste, fué de un día, no se le ama, se le compadece y al recordar su muerte el pecho se entristece y la sana razón reprueba.

Leona fué el amor y el amor no muere, por eso vive en cada alma, en toda la naturaleza y en todo el infinito.

El, fué el crimen, y el crimen no se olvida
pero se perdona!

Para Leona ternura y compasion. para él per-
don!

FIN DE LA LEYENDA.

LEY

DEL TIMBRE

REFORMADA

EN 28 DE MARZO DE 1876.

MEXICO

IMPRESA DE "LA COLONIA ESPAÑOLA," DE A. LLANOS
Calle de Santa Isabel.

—
1876